

COLECCIÓN MARUJITA



EL CONEJO VANIDOSO



10
CTVS.

COLECCION MADRILITA Nº 50

95
EL CONEJO

VANIDOSO

119X162
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1939, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO
Gorostiaga 1650 - Buenos Aires - (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA*

EL CONEJO VANIDOSO

El señor Peludo era un conejo. Pero no creáis que se trataba de un conejo vulgar, porque era muy listo, inteligente e instruído, aunque él se figuraba saber mucho más que cualquiera de los conejos que hubo en el mundo.

Llevaba gafas y cuando quería tener un aspecto de sabio, miraba por encima de ellas. Y todos sus semejantes le tenían mucho miedo.

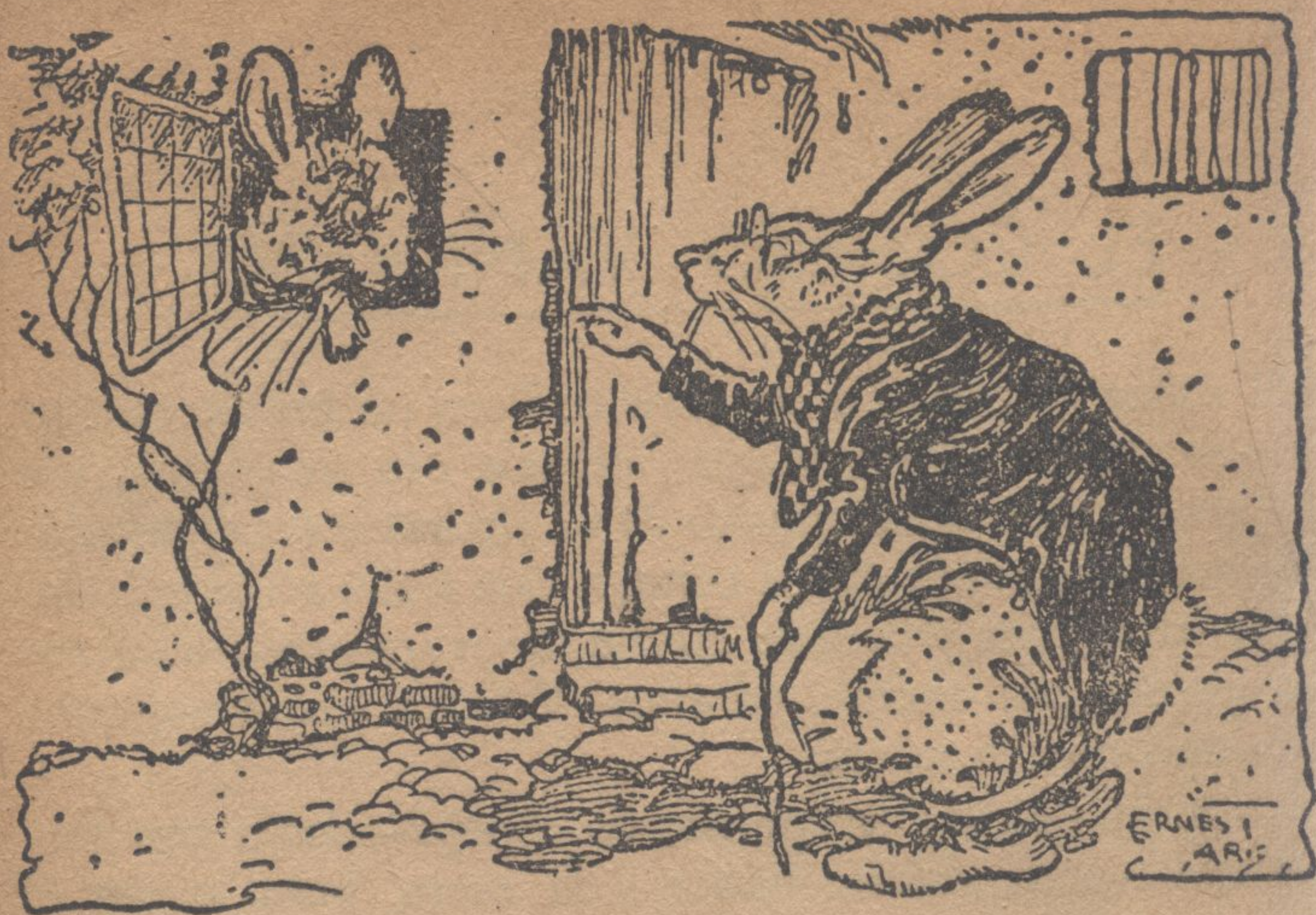
—Yo no debiera haber nacido conejo—decía con frecuencia.—Más valdría haber sido zorro, buho o, en el último caso, uno de esos bípedos humanos. Soy demasiado inteligente para conejo.

Tales ideas le infundieron una vanidad extraordinaria, y él iba por doquier asegurando que los conejos, en general, eran idiotas y que estaba harto de la compañía de sus semejantes. Y, como se comprende, nadie le tenía simpatía.

—Si se figura que somos tan tontos, ¿por qué no nos deja y se va a vivir a otra parte?—decía, enojado, el conejito Rabón.—Y si vuelve a mirarme por encima de sus gafas, soy capaz de arrancárselas.

—Esta mañana me ha dicho que yo merecía ser rabón, porque no sé cuántos son dos y dos—sollozó Patitas Blancas.—Creo que el señor Peludo es muy injusto.

—Y a mí me dirigió una mirada de cólera porque hablo mal—dijo la señora Patilluda.—Me gustaría mucho que ese señor Peludo encontrase otro más listo que él.



NADIE TENÍA SIMPATÍAS POR EL SEÑOR PELUDO

Estaban tan irritados los conejos, que, por último, celebraron una reunión en busca del modo de librarse de aquel vanidoso señor Peludo.

—Ya sé lo que haremos—exclamó Rabón.—Le daremos a entender que es tan inteligente, que no debe seguir viviendo con unos tontos como nosotros. Y añadiremos que el señor Serio, el buho, se sentiría orgulloso de vivir con él, o bien que ha expresado el mismo deseo el señor Astuto, el zorro. Entonces se irá a vivir con ellos y ya no volverá.

—Primero convendrá preguntar al señor Serio, el buho, si quiere tenerlo por compañero—dijo la señora Pati-lluda.

En efecto, fueron a consultarle y hallaron al buho posado en la rama de un abeto y con los ojos cerrados.

—Háganos el favor, señor Serio, ¿verdad que es usted muy listo?—preguntó la señora Patilluda.

—Mucho—contestó el buho abriendo un ojo.

—¿Le gustaría tener por compañero a otro tan inteligente como usted?—preguntó Rabón.

—¿Quién es?—preguntó el buho.

—El señor Peludo, el conejo—contestó la señora Patilluda;—es el conejo más sabio de todo el mundo.

—¡Tontería!—contestó el buho bostezando.—Nunca oí hablar de un conejo inteligente.

—Pues si no ha oído hablar del señor Peludo, no hay duda de que no es usted tan listo como se figura—le contestó Rabón.—Y si se figura que no es lo bastante listo para usted, iremos a proponérselo al señor Astuto, el zorro. Quedará encantado.

—Bueno, decidle al señor Peludo que me alegraré mucho de tenerlo por compañero—contestó el buho.—Que traiga sus maletas y viviremos juntos. Tal vez me resulte divertido.

Sin embargo, el astuto buho pensó:

—Los conejos son muy sabrosos. Y si no me resulta agradable compañero, siempre me servirá para hacer una buena cena.

Los conejos se marcharon muy contentos y fueron a comunicar la nueva al señor Peludo. Mas por el camino encontraron al señor Astuto, el zorro, que les preguntó la razón de su contento.

—¡Oh!—contestaron los conejos.—El caso es que el señor Serio, el buho, nos ha dicho que se alegraría mucho de que el señor Peludo, que es un conejo inteligentísimo, fuese ya esta misma noche a vivir con él—contestó Rabón.—Ya sabe usted que el señor Peludo es demasiado inteligente para vivir con los conejos.



RABÓN HABLÓ CON EL ZORRO ASTUTO

—¡Hum!—replicó el zorro pensativo.—En fin, decidle al señor Peludo que, si quiere, puede venir a pasar una temporadita conmigo. Soy muy aficionado a los conejos y especialmente cuando son inteligentes.

Los conejos continuaron su camino más contentos todavía. Estaban persuadidos de que el vanidoso señor Peludo se alegraría de poder vivir lejos de ellos, para pasar una temporada con el señor Serio, el buho, y con el señor Astuto, el zorro. Así, se encaminaron en línea recta a la madriguera de su sabio semejante y lo llamaron.

Él salió y los miró por encima de sus gafas.

—Me habéis interrumpido—les dijo enojado.—Precisamente estaba estudiando la razón de que el sol dé vueltas en torno de la luna y de que ésta gire alrededor del sol, y habéis estropeado todo mi trabajo.

—¡Oh, qué inteligente es usted, señor Peludo!—exclamó un conejo.—¡Dios mío, en qué cosas se fija! Pero ¿no lo sabe? El señor Serio, el buho, se ha enterado de su mucha ciencia y acaba de enviar un recado diciendo que se alegraría muchísimo de que vaya a vivir con él, porque le complacería la compañía de un conejo tan sabio como usted.

El señor Peludo oyó, muy satisfecho, estas palabras. Enderezó las orejas y con las patas delanteras se acarició los bigotes.

—¡Caramba, caramba! No tengo mucho tiempo que perder, pero quizá será, en efecto, conveniente que vaya a pasar una temporadita con el señor Serio. Con toda probabilidad estaré más a gusto con él que con los idiotas que me rodean.

—Además, señor Peludo—añadió Rabón conteniendo su deseo de arrancar las gafas del conejo vanidoso,—hemos encontrado al señor Astuto, el zorro, y ¿qué se figura usted que nos ha dicho? Pues también desea que le dé usted la alegría de ir a vivir con él una temporada, en el caso de que se canse del trato del señor Serio.

El señor Peludo se quedó sorprendido y encantado a la vez. Nunca sospechó que su fama se hubiese extendido tanto. ¡Caramba, los buhos y los zorros solicitaban su compañía! ¡Vaya honor para él! Y no había duda de que los hombres lo llamarían luego.

—Iré—dijo ajustándose mejor las gafas.—Esta misma noche haré mi maleta y me marcharé. No sentiré dejáros, porque, según ya he dicho muchas veces, no sois gente apropiada para un conejo tan inteligente como yo. Sin embargo, menos mal que me juzgáis con justicia.

Se metió en la madriguera, preparó un saco de mano y, mientras tanto, repetía para sí todas las palabras di-

fíciles que sabía, para estar seguro de no olvidarlas, pues no quería que el buho tuviese un desengaño.

Llegó al abeto a las diez y media de la noche, precisamente cuando salía la luna. El señor Serio estaba muy despierto y se disponía a salir de caza. Pero al ver al señor Peludo sonrió.

—Buenas noches—dijo.—¿De modo que es usted el conejo sabio?

—Sí—contestó el señor Peludo.—Y me alegro mucho de verle. Además, tendré la mayor satisfacción de conferenciar con usted acerca de cualquier asunto difícil.

—Bueno, pues hablemos—contestó el buho—acerca de la caza de ratones en una noche sin luna.

Este era un asunto acerca del cual el señor Peludo no sabía una palabra, porque durante toda su vida se alimentó de vegetales y no de ratones.

—El caso es... Me parece que no puedo decirle muchas cosas acerca de este asunto.

—Entonces es usted un idiota—replicó el buho—Bueno, me voy a cazar. No se mueva hasta mi regreso.

Emprendió el vuelo a través del ambiente iluminado por la luna y dejó solo al señor Peludo, quien estaba sorprendido, ofendido y sorprendido a la vez, por haber sido llamado idiota. Esperó durante varias horas hasta que, por fin, regresó el señor Serio.

Llegó muy contrariado. Voló durante cinco horas sin poder coger nada más que un ratoncito insignificante. Tenía mucha hambre y no le agradó demasiado ver al señor Peludo y sus resplandecientes gafas.

El conejo estaba deseoso de demostrar al buho que no era un idiota, de modo que miró al ave por encima de sus gafas y empezó a recitar la tabla de multiplicar. Pero el buho lo miró enojado.



—ME ALEGRO DE VERLE—DIJO EL SEÑOR PELUDO.

—¡Cállate!—le dijo.

El conejo no pudo obedecerle. Gustaba de oírse a sí mismo y, después de un minuto de silencio, empezó a recitar una poesía, para demostrar al buho su buena memoria.

—¿No te he dicho que te calles?—preguntó enojado el señor Serio.—¿No me has entendido? Y ahora te advierto que estoy hambriento y que me gustaría mucho comerte. Pero temo que estés muy duro.

El señor Peludo miró asustado al pajarraco. ¿Había oído bien? ¿Sería verdad que el señor Serio deseaba devorar al conejo sabio?

El señor Peludo resolvió, pues, no esperar más, de modo que, agarrando su saco de mano, echó a correr y no se detuvo hasta que se le cayeron las gafas y tuvo que buscarlas.

—¡Dios mío!—murmuró jadeando.—¡Qué mal educado es el señor Serio! Además, no me parece demasiado inteligente. Con toda seguridad el señor Astuto, el zorro, será un compañero mucho más agradable.

Así, pues, enderezó sus pasos hacia la madriguera en que vivía el señor Astuto. No lo encontró allí, de modo que el señor Peludo penetró en la madriguera y dejó el saco en un rincón. Luego se sentó en un taburete y cantó una cancioncita en francés, cosa que hubiese demostrado su inteligencia, en el caso de haber comprendido el significado de las palabras, pero no era así.

Poco después regresó el zorro de su caza nocturna. Había devorado tres gallinas y estaba muy contento y deseoso de acostarse. Y se sorprendió extraordinariamente al encontrar al señor Peludo en su madriguera.

—¡Caramba!—exclamó.—¿De modo que estás aquí?



EL SEÑOR PELUDO TOMÓ EL SACO DE MANO Y HUYÓ

El señor Peludo creyó que aquella observación era muy tonta.

—Sí—dijo.—He permanecido aquí un buen rato entregado a mis profundas reflexiones. Me han dicho que se alegraría usted mucho de gozar de la compañía de un conejo inteligente como yo. Y por eso he venido a hacerle una visita.

—Bueno, vamos a preguntarnos cosas — exclamó el zorro tendiéndose en el suelo y sonriendo a su interlocutor.

—¡Con mucho gusto!—contestó el señor Peludo.—Yo empezaré. ¿Es usted un zorro muy inteligente?

—¡Bastante!—contestó Astuto.—Ahora me toca a mí. ¿Eres un conejo muy gordo?

—¡Caramba, esa pregunta es muy rara!—exclamó sorprendido el señor Peludo.—¿Para qué quiere saberlo?

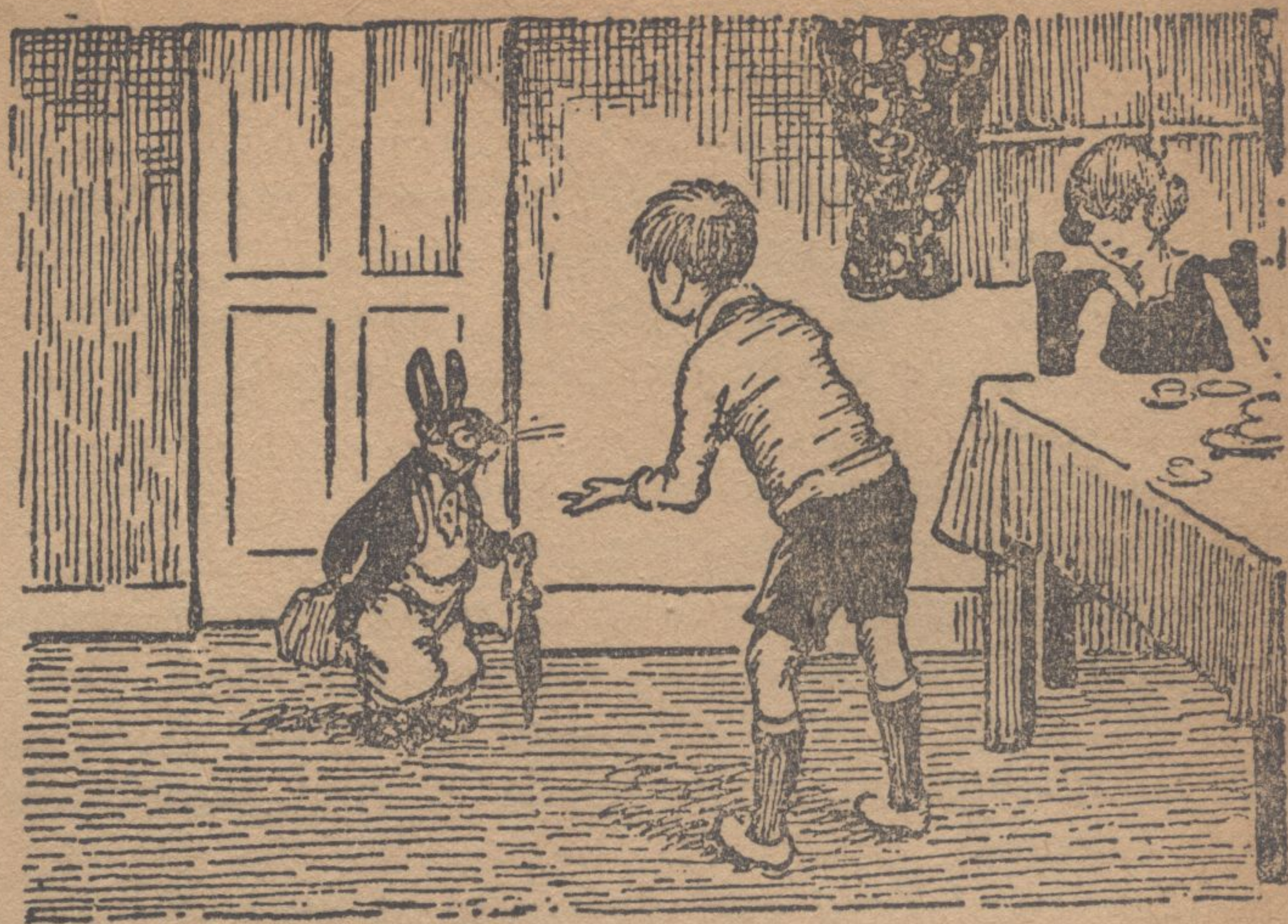
—Tengo muy buenas razones para preguntarlo—contestó el zorro.—Y ahora deseo saber otra cosa. ¿Tienes la carne dura o tierna?

El señor Peludo empezó a sentir cierta intranquilidad. No sabía qué contestar. El zorro, mientras tanto, daba grandes bostezos y fué a tenderse a la entrada de la madriguera, cerrando el paso.

—No puedo esperar a que reflexiones acerca de tus respuestas—dijo soñoliento.—Ya me contestarás cuando me despierte. Y no intentes salir de aquí, porque no quiero que mis visitas se marchen sin despedirse.—Dicho esto se quedó dormido. Mientras tanto, el señor Peludo continuó sentado en el taburete y reflexionó. Cuanto más revolvía en su mente las preguntas del zorro, menos le gustaban. Por fin decidió que Astuto no era un compañero agradable y empezó a buscar el modo de marcharse.

Pero Astuto obstruía con su cuerpo la entrada de la madriguera y no había que pensar en salir de allí. El señor Peludo siguió reflexionando y por último se le ocurrió una buena idea. Practicaría una galería en la madriguera del zorro para escapar. En el acto empezó a hacer uso de sus fuertes patas y, en breve tiempo, abrió un túnel que conducía a una mata que crecía en el exterior. Al olfatear el aire libre dió un suspiro de satisfacción y luego, agarrando su saco de mano, emprendió la fuga cuando apuntaba el alba.

Una vez fuera, el señor Peludo no supo qué hacer. No quería volver al lado de los demás conejos, después de las cosas desagradables que les dijo. Pero no se le ocurrió la posibilidad de ir a otro sitio. De pronto vió a corta dis-



—BUENAS NOCHES—DIJO EL CONEJO

tancia una casita, de cuya chimenea salía una columna de humo.

—Descansaré durante el día escondido entre unas matas—pensó.—Y luego iré a esta casita, para ver si querrán tener a un conejo inteligente como yo.

Pasó, efectivamente, el día al abrigo de unas matas y, al llegar la noche, se dirigió a la casita y abrió la puerta.

—¡Adelante!—contestó una voz.

El señor Peludo entró y vió a una numerosa familia sentada en torno de la mesa y ocupada en cenar. Todos se asombraron mucho al verlo.

—Buencs noches—dijo el conejo.—¿Quieren ustedes aceptar la compañía de un conejo inteligente como yo?

Estoy ya cansado de vivir en compañía de los conejos idiotas y me parece que con ustedes lo pasaría mucho mejor.

—Es posible—le contestó un niño—que seas un conejo inteligente, pero no has dado pruebas de ser muy listo, porque, de lo contrario, no hubieses entrado en esta casa, en una noche como hoy. ¿Sabes lo que estamos comiendo?

—¿Qué?—preguntó el señor Peludo.

—¡Pastel de conejo!—gritaron todos.

El señor Peludo dió un salto de susto y de sorpresa y, agarrando su saco de mano, emprendió la fuga. Corrió sin parar, durante largo rato, y al fin se vió, de nuevo, ante su madriguera, en torno de la cual jugaban los demás conejos.

—¡Caramba! Aquí está de vuelta el señor Peludo—gritaron.

¡Cuánto se alegró él de verlos! Después de haber podido cerciorarse de la astucia y de la mala intención del buho y del zorro, sus compañeros le parecieron bondadosísimos. Y el conejo vanidoso, desengañado ya acerca de su sabiduría, sólo quiso ser tonto como los demás, jugar y gozar de la vida.

Arrojó lejos sus gafas y sus libros, y se convirtió en uno de tantos, con lo cual fué mucho más feliz.

EL PAIS DEL TIOVIVO

Hubo una vez un niño que fué a la feria. Allí había varios tíovivos y él pagó diez céntimos para subir a uno.

—Espera hasta que el tíovivo se haya parado bien— le gritó su madre, que conocía perfectamente el carácter temerario de su hijo.

Pero esta recomendación inclinó a Ruperto a hacer lo contrario. Así, pues, de un salto, se subió a un caballo de aspecto fogoso, esperó a que el tíovivo girase a toda velocidad y entonces se apeó para subir de nuevo.

Eso es lo que habría querido hacer, pero lo cierto es que rodó por el suelo tres veces y luego se sentó, esperando ver a su madre corriendo hacia él, para averiguar si se había lastimado.

Mas no vió a nadie y ni siquiera pudo ver la feria. De igual modo se había desvanecido el tíovivo y Ruperto abrió la boca con el mayor asombro.

—¿Qué ha ocurrido?—exclamó.—¿Dónde ha ido a parar todo aquello?

Vióse en un campo enorme, en cuyo extremo había unos animales paciendo, que le parecieron caballos. De momento, Ruperto no pudo hacer más que mirar a su alrededor, pero luego se puso en pie de un salto. Se dirigió a los caballos y ¡cuál no sería su asombro al observar que eran de madera, como los que viera en el tíovivo! Andaban casi a saltos y no hicieron ningún caso de Ruperto.

El niño los miró unos momentos y luego se dirigió al campo inmediato.



RUPERTO MONTÓ EN UN FOGOSO CABALLO

Allí había otros animales más curiosos aún. Eran dragones con largas colas, pero también de madera, como los caballos.

—He visto otros dragones semejantes en el tíovivo— pensó.—Me gustaría saber cómo han venido a parar aquí. Hasta ahora nunca me imaginé que estuviesen vivos. ¡Dios mío! Aquí también hay un estanque con unos peces muy raros.—Se acercó más al agua y, al mirar, vió que por ella nadaban de un modo muy raro unos enormes peces de madera. Su aspecto era absolutamente igual a otros que montó en el tíovivo el año anterior. Precisamente cuando los miraba, oyó una voz diciendo:

—¡Eh, tú! Ya era hora de que vinieses.

Ruperto se volvió y pudo ver a un hombre diminuto vestido de amarillo, que agitaba un libro de apuntes para llamarlo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó aquel hombre.—Me parece que hasta ahora no te había visto por aquí.

—Me llamo Ruperto—contestó el niño.—¿Qué país es éste?



RUPERTO VIÓ A UN HOMBRECILLO QUE LE HACÍA SEÑAS CON UN LIBRO DE NOTAS

—¿No lo sabes?—le contestó asombrado aquel sujeto.—Esta es la tierra del Tíovivo. Todos sus habitantes van a los tíovivos para ser montados por los hombres. Supongo que has venido a hacernos una visita.

—No es eso, precisamente—contestó Ruperto sonrojándose.—El caso es que yo estaba montado en un tíovivo, pero me apeé antes de que se parase. Y, de pronto, me he encontrado aquí, en vez de hallarme en la feria.

—¡Bueno, bueno!—contestó aquel hombre.—El caso es muy serio para ti. Ahora ya no tienes medio de volver a tu país.

—¿De veras?—exclamó Ruperto aterrado.—Pues es preciso que vuelva.

—No debieras haber sido tan imprudente y así no te encontrarías aquí—le contestó aquel hombre con acento severo.

—Mi madre tendrá un disgusto horrible—dijo Ruperto.—¿No podría usted encontrar el modo de hacerme volver a su lado? Todos esos caballos, dragones y peces

van a los tíovivos y tal vez pudiese yo acompañarles.

—El caso es que yo no sé cómo van allá—contestó aquel hombre.—Eso es cosa de magia. Cuando se cansan de dar vueltas, vuelven acá y, en cambio, los que tienen deseo de probar la vida del tíovivo van a substituirlos.

—¿Y no podría yo volver a mi país gracias a la magia?—preguntó el niño.

—Únicamente en el caso de que consientas en formar parte de un tíovivo, para que los niños monten en ti—dijo aquel hombre.—De lo contrario, te pasarás aquí la vida. Y si una vez en el tíovivo te descubre tu madre y derrama lágrimas sobre ti, volverás a ser un niño.

Ruperto pensó que aquello era espantoso, mas decidió no quedarse en la tierra del Tíovivo. Y el hombrecillo le prometió dejarle marchar con los animales de madera, en cuanto se anunciase otra excursión.

—Oirás música en el aire—le dijo.—Entonces quédate inmóvil y tieso. Luego, y de un modo repentino, te verás en un tíovivo, girando con los demás animales. ¿Hay algún tíovivo que prefieras a los demás?

El niño indicó el de su propio pueblo y aquel individuo tomó nota. Luego se despidió.

El niño se quedó muy triste y deseoso de no haber sido desobediente. Ansiaba oír aquella música anunciadora de su viaje y apenas hubo llegado la noche tuvo la satisfacción de oírla. Parecía el débil eco de la música que tocan los tíovivos. Entonces Ruperto se puso tieso y esperó.

De pronto se vió lanzado por el aire a gran velocidad, y oyó cómo silbaba el viento en sus oídos. Finalmente experimentó un choque y oyó otra vez la música, pero aquella vez muy fuerte y, al mirar a su alrededor, vió que

giraba en el mismo tíovivo de que saltara aquella mañana.

Pero observó también que él mismo era un niño de madera y que estaba a gatas. Sobre él montaba una niña, que sonreía satisfecha. Luego el tíovivo disminuyó su marcha y, al fin, se detuvo.

A la vuelta siguiente montó sobre él un niño, que pesaba mucho, pero la tercera vez quedó libre y pudo observar a la gente que contemplaba el espectáculo. De repente vió a su madre, que parecía estar muy triste, sin duda por ignorar a dónde había ido a parar su hijo. ¡Cómo deseó Ruperto quedar frente a ella, en cuanto se parase el tíovivo!

Tuvo la suerte de que ocurriera así. Entonces su madre, que miraba sin cesar con la mayor intensidad, lo descubrió y, corriendo a su lado, lo abrazó exclamando:

—¡Oh, hijito mío! ¿Dónde has estado hasta ahora?

Estaba tan contenta de verle, que empezó a llorar de alegría y derramó dos grandes lágrimas sobre él. En el acto, Ruperto sintió que ya no era un muñeco de madera, sino un niño de carne y hueso. Se abrazó a su madre, que correspondió a sus caricias. ¡Qué maravillosa historia tenía que contarle!

LA SILFIDE EXTRAVIADA

La sílfide Manoslindas atravesaba volando el País de las Hadas cuando empezó a soplar un fuerte viento. La sílfide era tan diminuta, que se vió llevada por el huracán sin poder detenerse y se sentía tan indefensa como una hoja seca arrebatada por el viento otoñal.

En alas del viento siguió arrastrada hasta que, por fin, dejó atrás el País de las Hadas y se encontró en nuestro mundo. La pobre sílfide estaba asustadísima, cansada, dolorida y jadeante, porque no sabía lo que sería de ella. Por último, el viento se debilitó y Manoslindas cayó al suelo, en donde se quedó jadeando. Después de un rato se puso en pie. No tenía la menor idea de donde se hallaba, porque nunca, hasta entonces, había salido del País de las Hadas.

Vióse en un bosque pelado y sobre el suelo cubierto de escarcha, porque entonces era invierno. Manoslindas se estremeció y con el trajecito que llevaba, procuró cubrirse lo mejor posible. Sus brazos estaban desnudos y tenía mucho frío, porque no poseía ningún abrigo. Tampoco pudo descubrir ningún pájaro que le indicara el camino y ni siquiera los conejos se asomaban a la boca de sus madrigueras.

Manoslindas anduvo de un lado a otro y, al fin, se sentó al lado de un árbol. Tenía tanto frío, que apenas se daba cuenta de lo que hacía y el cansancio le impedía mantener los ojos abiertos, de modo que dos minutos después se quedó dormida.

Allí pasó toda la noche casi helada. En cuanto ama-



ENCONTRARON A UNA SÍLFIDE MEDIO HELADA

neció, acercáronse dos niños paseando y al llegar al lado del árbol, junto al cual estaba tendida Manoslindas, la niña se inclinó para atar la cinta de su zapato. En aquel momento vió, por casualidad, a la sílfide tendida al lado del árbol y se quedó muy asombrada.

—¡Enrique! Mira, ¿qué es eso? ¿No será una hada?

El niño se acercó, se arrodilló, tocó los pies y las manos heladas de la pobre sílfide y luego le acarició el cabello.

—No sé—dijo.—Me parece que si es una hada, no está viva. Quizá sea una muñequita olvidada por una niña.

—No—contestó su hermana.— Nunca he visto otra igual. Estoy segura de que es una hada y de que el frío casi la ha matado. Está helada. Vamos a cogerla y la llevaremos a casa para que se caliente. ¡Qué caso tan extraordinario, Enrique!

El niño sacó del bolsillo una caja de cartón vacía, metió en ella a la dormida sílfide, puso la tapa y, en unión de su hermana, regresó a su casa.

Una vez en ella pusieron la caja de cartón ante el fuego de modo que su calor llegase a la dormida sílfide. Esta poco a poco, se sintió algo mejor y al cabo abrió los ojos y miró sorprendida y aun con cierto temor.

Los niños se apresuraron a tranquilizarla, asegurándole que no pensaban hacerle ningún daño, sino todo lo contrario.

—Muchas gracias—contestó Manoslindas.—El viento me arrebató del País de las Hadas y no sé qué haré. Tengo hambre y frío.

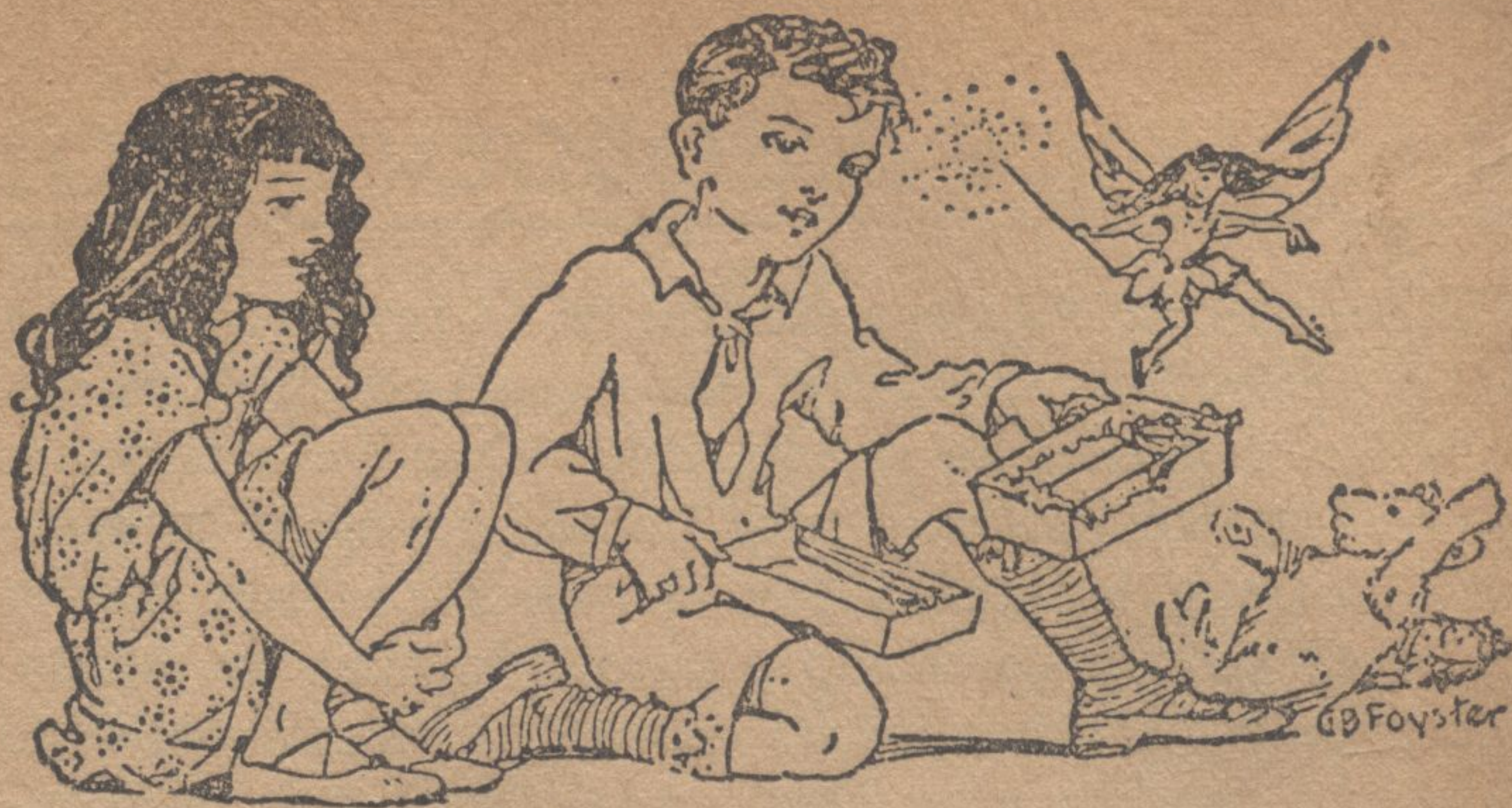
—¡Oh, no te apures! Tengo una muñeca cuyo traje te sentará muy bien.

En efecto, la niña se apresuró a desnudar a su muñeca y con aquella ropa vistió a la sílfide, que se sintió mucho mejor.

—Ahora, si quieres—añadió—puedes ir a vivir a mi casa de muñecas, donde encontrarás sillas y aun espejos donde mirarte.

Manoslindas se apresuró a aceptar la invitación y, muy contenta, se asomó a la ventana, haciendo alegres señas a los niños.

—Ahora vamos a darte algo de comer—añadió la niña. Fué en busca de un pastel, lo desmenuzó y luego llenó un jarrito de leche caliente y lo ofreció a la sílfide, que



MANOS LINDAS EMPRENDIÓ EL VUELO

comió con el mayor apetito, porque estaba hambrienta.

—Muchas gracias—dijo a los niños al terminar.—Me habéis salvado la vida con vuestra bondad. ¿Cómo podré pagároslo?

—¡Oh, no vale la pena!—contestó la niña.—Nuestra mamá nos ha enseñado a ser bondadosos, sin esperar ninguna recompensa. Por ahora, quédate en esta casita y ya sabes que, cuantas veces quieras, podrás volver a esta casa.

La sílfide agradeció el ofrecimiento y pasó dos días en compañía de los dos niños. Luego, aprovechando la circunstancia de que el tiempo era muy bueno y agradable, se despidió de ellos y prometió hacerles alguna visita.

Y cumplió su palabra, porque todos los años va a visitarlos dos o tres veces y en cada una de aquellas ocasiones no olvida llevar a los niños algunos de los maravillosos dulces del País de las Hadas, para demostrarles su agradecimiento.

ALIRON Y LOS MALOS GENIECILLOS

El duendecillo Alirón vivía casi en la frontera del País de los geniecillos y siempre temía que uno de éstos pudiese sentir deseos de secuestrarlo. Vivía en una casita de una sola habitación y todas las noches, antes de acostarse, cerraba la puerta con el mayor cuidado. Cierta día se acercó un geniecillo y miró a la casa de Alirón. Este se había sentado en un taburete y estaba cosiendo un manto de plata y oro, destinado al Rey, que se lo encargó una semana antes.

—¡Caramba!—dijo el geniecillo palpando el manto.—¿De modo que eres sastre, Alirón? ¿Por qué no vas a nuestro país para hacernos trajes? Precisamente tenemos mucha necesidad de un sastre, porque el último que había en el pueblo se marchó. Todo el mundo va vestido de harapos, ya que nadie sabe hacernos chaquetas o pantalones.

—No tengo ningún deseo de ir a vuestro pueblo, porque es muy feo y obscuro, puesto que vivís bajo tierra—dijo Alirón.—Por consiguiente, vete y no me molestes más. No aceptaría tu oferta, aun cuando me dieseis una moneda de oro cada día.

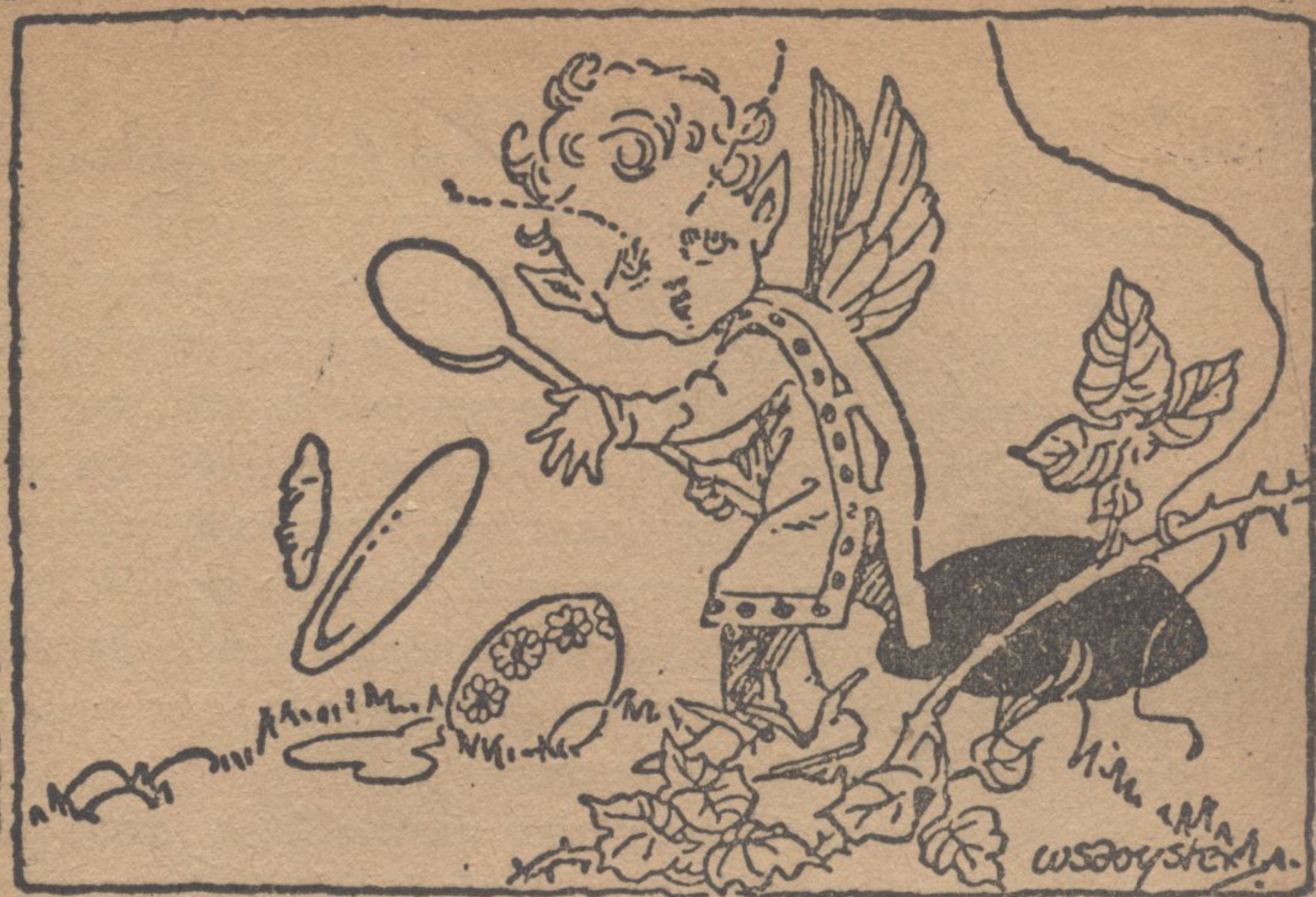
El geniecillo se encolerizó y, acercándose a Alirón, le dijo al oído:

—Ten cuidado de que no te secuestremos.

Alirón se asustó mucho, pero no quiso darlo a entender y replicó:

—Pues sabe que tengo una buena arma de fuego y que tiro muy bien.

Eso no era cierto, pero Alirón lo dijo para asustar al



ALIRÓN VIÓ QUE LLEGABA UNA MULTITUD DE GENIECILLOS

geniecillo. Mas no lo consiguió, porque aquel malvado sujeto se marchó riéndose.

Al día siguiente ocurrió algo muy raro. Apareció en el aire un gran globo verde. Había pertenecido a una niña de nuestro mundo, pero el viento se la llevó y, al descender, quedó prendido en una mata de espinos, cerca de la casita de Alirón.

Este lo vió y aunque fué a recogerlo no le fué posible desatar el hilo, que estaba muy bien sujeto. Así, pues, lo dejó allí, esperando que el viento lo soltase para poder jugar con él.

Al día siguiente, y cuando Alirón estaba sentado a la puerta de su casa, oyó un ruido muy raro y, al mirar, vió con el mayor horror, que se acercaban a su casita cerca de un centenar de geniecillos.

—Sin duda vienen a prenderme—pensó.

Sin vacilar, se metió en su casa y cerró la puerta. Pero eso no le sirvió de nada, porque los geniecillos la derribaron fácilmente. Alirón no sabía qué hacer y, de pronto, pensó en la chimenea y se encaramó por ella para salir al tejado. Luego se agarró a una ramita de espino y se acurrucó en ella, sin atreverse a respirar.

Los geniecillos no tardaron en observar que Alirón había desaparecido. Pero a los pocos instantes lo descubrieron agarrado al espino y empezaron a trepar por él. Alirón miró a su alrededor en busca de algún medio de salvarse, y de pronto vió el enorme globo verde, que se balanceaba a impulsos de la brisa.

Entonces se le ocurrió una idea maravillosa. Sacó un alfiler que llevaba prendido en el traje y gritó a los geniecillos:

—Si os acercáis más, voy a disparar mi cañón.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Bien sabemos que no lo tienes—respondieron los geniecillos riéndose—pero, en fin, dispara, si quieres.

Alirón no vaciló, y con la mayor valentía pinchó el globo, que dió un estallido enorme y casi estuvo a punto de arrojar a Alirón al suelo.

Sus enemigos se echaron a gritar locos de pánico y, en el acto, se desperdigaron para ocultarse entre las matas, a fin de no ser víctimas de un nuevo disparo.

—Escuchadme ahora—exclamó Alirón con acento severo.—Si os movéis, os mato. En cuanto yo os lo ordene, os pondréis en pie y con las manos en los bolsillos y cada uno de vosotros dejará una moneda de oro en el suelo antes de marcharse para siempre. ¿Lo oís?

—¡Oh, sí, sí, sí!—contestaron los geniecillos asusta-



CLAVÓ EL ALFILER EN EL GLOBO VERDE

dísimos.—Perdónanos, Alirón y no dispares otra vez el cañón.

—¡Ahora venga el dinero, y a casa!—gritó el duendecillo.

Ellos obedecieron con la mayor rapidez y luego de haber dejado cada uno su moneda de oro, echaron a correr, en tanto que Alirón se reía hasta derramar lágrimas. Saltó al suelo y se dirigió al montón de monedas de oro, viendo que, en conjunto, llegaban a un centenar. Y se quedó contentísimo, porque ya era rico.

—Ahora—dijo recogiendo el oro—me haré unos trajes y una casa nueva y no estará de más que me compre otro globo, por si acaso.

Pero los geniecillos no volvieron nunca más.

LA GALLINITA BLANCA

Hubo una vez una gallinita blanca que no podía soportar el paso de los automóviles. Durante todo el día, sin parar, cruzaban rápidos por delante de la casa y enviaban nubes de humo hacia el gallinero del señor Juan.

—¡Qué fastidio! — exclamaba la gallinita blanca, cuando se veía envuelta en una nube de polvo.—¡Qué cosa tan desagradable son los automóviles! Cualquiera día voy a decirles lo que pienso de ellos y ya veréis qué disgusto les doy.

Todos los habitantes del corral se reían de ella cuando decía tal cosa, porque aquella gallina era la más tímida y apacible que os podríais imaginar.

—A fe mía—observó el pavo—¿quién oyó decir nunca una tontería semejante? No puedo imaginarme que esa gallina se atreva a hacer tal cosa.

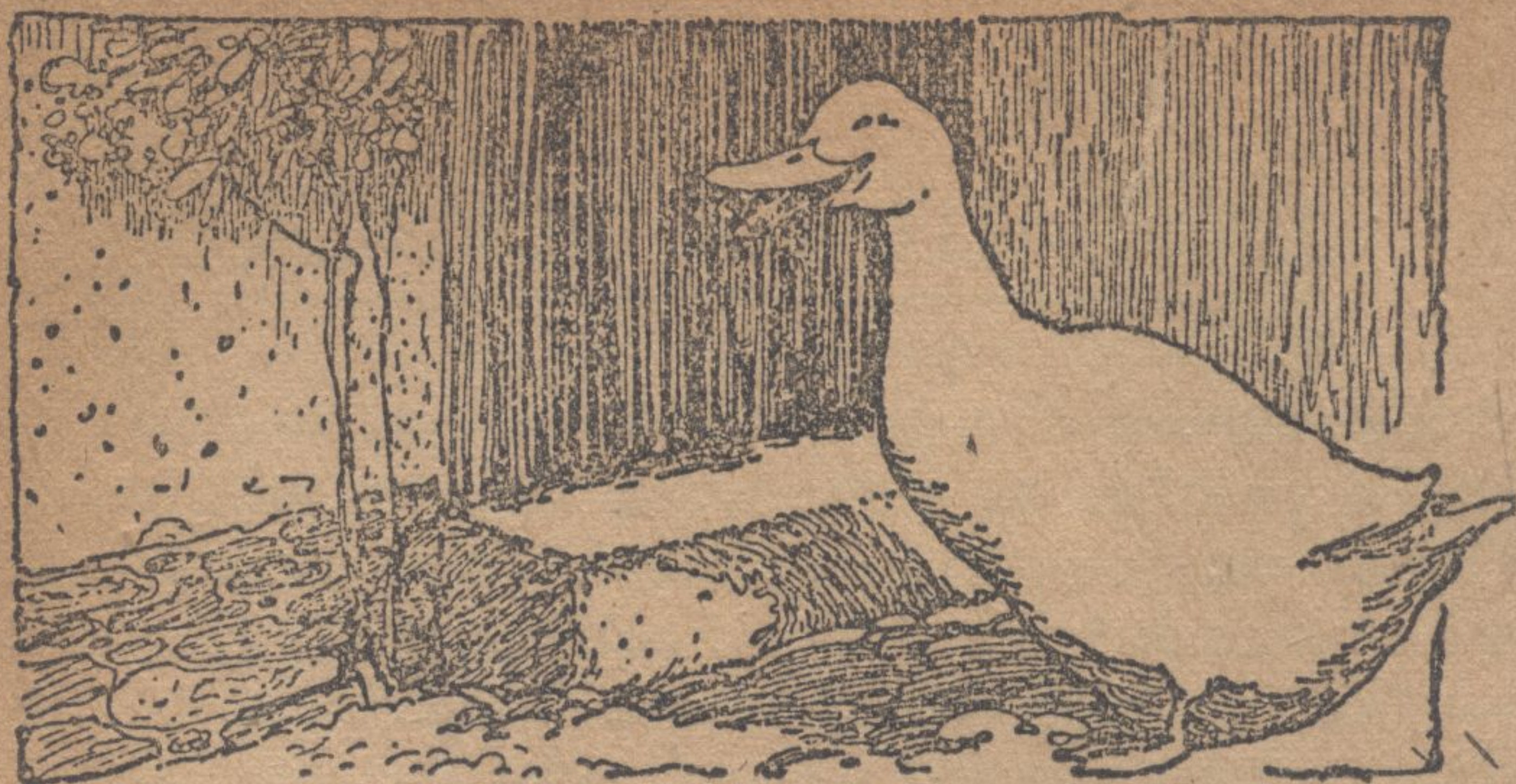
—¡Cuac! ¡Cuac!—exclamó el pato.—Por mi parte estoy asustadísimo.

Y se echó a reír a carcajadas. El cerdo gruñó, muy divertido, y la oca también graznó con fuerza.

—¡Esa gallina es temible!—observó Leal, es decir, el perro de la casa.—Cuando te dispongas a hablar a esos automóviles, gallinita, avísame y te enseñaré a gruñir.

El asno echó hacia atrás su enorme cabeza y dió un rebuzno tan fuerte, que todos los volátiles saltaron de miedo.

—¡Oh, gallinita blanca!—exclamó luego el asno.—Tú serás la causa de que me muera de risa. No puedo



EL PATO SE RIÓ A CARCAJADAS

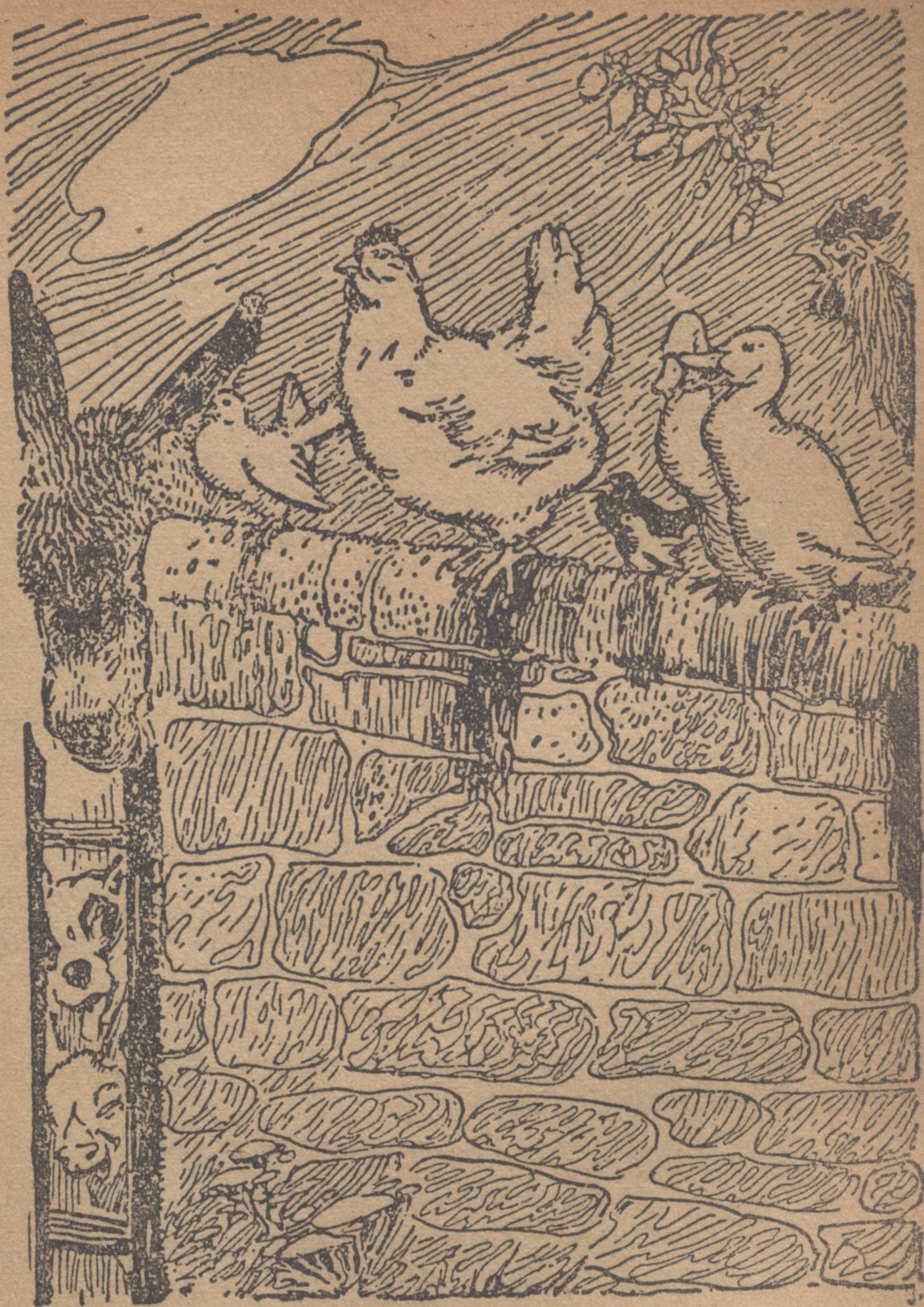
imaginarme siquiera que un día te dediques a dar tu opinión a esos enormes automóviles. Nunca en mi vida oí cosa tan ridícula.

Estas burlas encolerizaron en extremo a la gallinita blanca, porque nada le molestaba tanto como ser objeto de la risa ajena.

—Veo que sois todos muy mal educados—dijo.—Y os aseguro que he hablado en serio. Estoy dispuesta a decir a esos automóviles lo que pienso de ellos y, es más, a hacerlo inmediatamente.

Todos los habitantes del corral la miraron muy sorprendidos. ¿Era aquella, la que acababa de hablar, la tímida gallina que tan bien conocían?

Entonces la vieron revolotear atrevidamente, para encaramarse en lo alto de la cerca que daba a la carretera y comprendieron que, en efecto, iba a cumplir su amenaza. Por consiguiente, todos corrieron a su lado para presenciar el espectáculo. Las aves se encaramaron también en lo alto de la cerca y el cerdo, el perro y el asno miraron a través, y por encima de la puerta.



TODOS LOS ANIMALES DEL CORRAL ACUDIERON
PARA PRESENCIAR EL ESPECTÁCULO

A lo lejos pudieron ver un automóvil, que marchaba muy a prisa, envuelto en una nube de polvo. La gallinita blanca empezó a ponerse nerviosa, pero como la observaban todos sus compañeros, comprendió que no podía dejar de cumplir su amenaza.

En cuanto el automóvil estuvo cerca, empezó a cacarear con toda su fuerza, agitando las alas al mismo tiempo. Estaba en extremo nerviosa, pero no se arredró.

Entonces, y con gran sorpresa de todos, oyeron un estallido y el automóvil se detuvo casi en seco. Sus ocupantes se apearon y uno de ellos empezó a examinar el mecanismo, pidió una herramienta y la rueda de recambio.

—Mirad lo que he hecho—exclamó la gallinita asombrada y satisfecha a más no poder.—He hecho parar el automóvil y, además, lo he estropeado. Eso es lo que ocurre cuando yo me enojo con alguien. Soy mucho más temible de lo que os figurábais.

Sus compañeros quedaron persuadidos de que, en efecto, había detenido el automóvil y la rodearon admirados. Ella se dejó caer al suelo y empezó a ir de un lado a otro, muy orgullosa y satisfecha, mientras todos los demás escuchaban sus cacareos.

—Vamos a nombrarla nuestra reina—dijo el asno, después de proferir un fuerte rebuzno.

Así lo hicieron y si tuvierais ocasión de visitar aquella hacienda, todos los animales que se crían en ella os referirían la historia de su gallinita blanca que, con su enojo, pudo detener un automóvil.

No sabéis cuánto me gustaría darles a entender que uno de los neumáticos del automóvil encontró un clavo en el suelo y sufrió, sencillamente, un pinchazo.

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes



**CUENTOS DE HADAS
JAPONESES**

**CUENTOS DE HADAS
INGLESES**

En preparación:

**CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN**

**CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM**

**Precio de cada tomo:
\$ 2.30**

Gorostiaga, 1650



Buenos Aires